

Trébol

SENTIR el radiante orgullo de ser mujer; poseer conciencia de que se es una terrible fuerza de atracción y de sutil encanto; saber que se lleva en las entrañas la renovación de las generaciones y en el corazón el renacimiento espiritual del mundo; tener conciencia de su íntima unidad con el materno planeta de la noche y decirse que se es la mitad del Universo, la rica mitad que concibe, conserva y trasmite; el vientre sacro de la Naturaleza de donde brotan ángeles y hombres; la fuente inagotable de todo amor terreno y de toda aspiración uránica; confiar en su omnipotente debilidad, en su visión del mundo, en su emoción de rosa y en los alisios huracanados de su pasión, esto es cuanto faltaba a la mujer en las letras hispanas. Y esto es cuanto éstas tienen hoy de original en ese trébol sur americano: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, María Monvel.

Los amurallados linderos de lo convencional han dejado de existir para ellas. Es como si de nuevo Gabriel hubiese descendido para decirles que es sacro cuanto a su sexo se refiere, que la visión, la sensación del Universo que se genera en sus almas deben expresarse así como en ellas se engendran para enriquecer el mundo con esa otra concepción que se hubiera quizás retardado por largo tiempo de continuar ellas guardando silencio. Que una mujer, aunque escriba, guarda silencio y deforma el arte que cultiva si no expresa la esencia de su ser femenino.

Estas tres mujeres, y cuantas sigan su ejemplo, constituirán la nota fundamental en la literatura hispano-americana de la primera mitad del siglo veinte.

Su obra poética, que al punto se ha reconocido como original y profunda, no tiene comparación, que yo conozca, en las literaturas europeas de la época. El atrevimiento de la Princesa Bibesco recuerda demasiado a Maupassant y la Condesa de Noailles posee la encantadora malicia de la insinuación siglodorada. En el pasado la vivaz Margarita de Navarra cantó, a la manera de Boccaccio o de Straparola, pero no se ve en su *Heptameron* la desnudez de un alma femenina.

En otras palabras, entre las mujeres que han dejado una reputación bien fundada en la literatura no hay quienes no hayan seguido la tradición de

los escritores del otro sexo. Conozco una excepción; pero precisamente la originalidad de expresar como mujer sus sentimientos de mujer, cubrió su nombre de injusto oprobio, confundiendo con una cortesana que también se llamó como ella, Safo, la bella poetisa de Lesbos.

Ninguna de estas tres poetisas hispano-americanas ha alcanzado la perfección artística de Safo, pero en el fuego de las imágenes apasionadas no es inferior la Mistral, ni lo es en el atrevimiento enteramente femenino la Monvel y tiene la Ibarbourou un si es no es de primitivo y de silvestre, un mucho de driada que no aparece en Safo, y que sin embargo es un elemento de belleza en la poesía de la uruguaya.

La poesía de la Mistral es trágica. Hay un aliento de tragedia en todo lo mejor de su obra poética. Sangre, muerte, dolor, plegaria, tales son los elementos de su creación artística, por lo menos los que dieron a su poesía la arrebatadora seducción de un sentimiento profundo que la hizo célebre en el espacio de una mañana. En su libro *Desolación* hay composiciones que bien podrían haber salido de la pluma de un hombre, pero ningún varón, por poderosa que supongamos su fantasía, habría sido capaz de crear todas las poesías de la sección que en el libro se han reunido bajo el título de *Dolor* ni el *Poema de las Madres*. Es todo esto lo que yo conceptúo la nueva contribución a las letras hispano-americanas: es toda la violencia de *Job* en una bella alma de mujer.

Largos y flexibles musgos marinos atados por las raíces a las áridas rocas profundas flotan con el movimiento de las aguas salobres, como caballerías de oceánides, cambiantes de color, como las olas bajo el mirar del cielo;

tal la bella imaginación de Juana de Ibarbourou.

Las raíces de su vida sensitiva, hondas, medran en una selva de infancia primitiva, si bien todo su ser, flexible como la juncia, cede a las más leves insinuaciones de la fuerza misteriosa que para ella fluye por las infinitas venas del Universo. En su alma no hay una tragedia; hay una hamadriada que se salió del corazón de un árbol para habitar el cuerpo satzual y moreno de esta mujer cuyo profundo e inconsciente paganismo me transporta con regocijo a las florestas de Pan. Y esta hamadriada mira el Universo de distinta manera que los hombres. Su poesía no es sólo original: es como un anuncio de lo que será el arte realizado por la mujer libre de la influencia directa de la mentalidad esencialmente masculina.

María Monvel es toda la sencilla complicación del alma femenina, femeninamente bien expresada. Posee el arranque pasional, pero ya está civilizada y el pensamiento prevalece en ella. Sin embargo, la sensualidad con que se deleita en su naturaleza femenina la señala entre las escritoras de nuestra lengua. Ella también aporta su visión de mujer a las letras hispanas.

Yo tengo la esperanza de que estas tres notas fundamentales del continente acabarán por hacerse un concierto con que América enriquecerá el Arte literario y ensanchará la humana concepción del mundo.

R. BRENES MESÉN

Syracuse, N. Y., 1923.

JORGE R. AGUILAR

ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

NUEVA BOTICA DE SAN JOSE

MARIANO JIMENEZ R.

AVENIDA CENTRAL ESTE Y CALLE 5ª SUR

Surtido completo de Drogas, productos químicos, especialidades, productos farmacéuticos, artículos de tocador e higiene. TODO DE PRIMERA CLASE.

ESPECIALIDAD EN EL DESPACHO DE RECETAS